

sexo, y tu edad es la del candor y de la pureza. No adores tu hermosura: ella es fugaz como los días de tu juventud; no se necesita mas que un poco de tiempo, y hela aquí marchitada. Demasiado tarde dirás tal vez entonces gimiendo: “¿Por qué no he hecho á mi Dios el don de los hermosos días de mi tierna edad? El mundo me ha engañado: en vez de la dicha, él no me ha dado más que el pesar emponzoñado. . . Y Dios, este generoso amigo, me hubiera recompensado magnánimamente, pues su mano es liberal y nunca se deja vencer en generosidad. Días floridos, gracia, hermosura, flor de inocencia, bellos años, primeras emociones, dulce calor del alma, volved, volved, yo os pondré sobre el altar de mi corazón, para ofreceros en sacrificio al gran Rey del cielo.”

¡Tardíos pesares! La fría vejez está aquí. . . La primavera del corazón y de las ingenuas virtudes ha pasado. Llorad entonces, víctimas del mundo, llorad, y esperad en la ansiedad de vuestra alma. Aquel que habéis rechazado vuelve hacia vos.

Voz de la hija de María.—¿Qué, santa Madre mía, Dios prohíbe que realcemos nues-

tros encantos por algunos adornos? ¿No podemos sin crimen hacer brillar las gracias naturales de que somos dotadas con alhajas que no ultrajan la decencia? ¿Qué, la modestia es tan severa? ¿no concede nada á los deseos de un joven corazón que la quiere, que la admira, que no quisiera hacer nada que pudiera herirla, y que por otra parte se encuentra encadenada por los pequeños goces de la vanidad y más aún por los ejemplos y los usos?

Voz de María.—Una alma generosa, mi querida hija, no pone tantas restricciones á los sacrificios que Dios pide de ella. El te colma sin cesar de sus gracias las más preciosas, y tú temerías sacrificarle un poco de polvo. Querida hija mía, la modestia es severa, porque ella es la custodia de la castidad. Que tu hermosura ¡oh joven cristiana! sea del todo interior, y el Rey del cielo quedará prendado de tus encantos. Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior; aquí los brillantes y los rubies, las rosas de amor y los lirios de la pureza. Aplícate á adornar este santuario; lo demás no es nada. Si la hermosura, mi querida hija, encanta tan vivamente tu corazón por sus atractivos, ¡ah!

haz de modo de poseerla siempre; y para esto, durante los días de tu corto destierro, adórnate de modestia. ¿Qué te importa, joven viajera, qué te importa no mostrarte brillante y llena de atractivos aquí donde no haces más que pasar? El torbellino del mundo corre delante de ti; todo pasa, todo muere. El hombre tiene pocos días que vivir sobre la tierra. Considera los restos de esta joven... Ayer ella sonreía al mundo y el mundo le sonreía; ayer se admiraba la frescura de su cutis, la seductora expresión de su mirada, las gracias de su persona, y hoy ya no existe más; hoy la que la llevó en su seno llora sobre su pálido y frío polvo... Escúchame, querida hija, no hagas como esta joven infortunada: ella ha visto sus alegres adornos marchitarse en el polvo del sendero de la vida: por ti, sé más prudente; prepárate inmortales adornos, y consérvalos para el gran día en el que ya habrá cesado tu viaje para la resplandeciente ciudad, en la que sus habitantes admirarán tus gracias, que se habrán vuelto celestiales é imperecederas. Más aún: todos los que estimas, las gentes de bien, tus jóvenes y virtuosas amigas, que ves marchar

con tanto ardor en el camino que lleva al cielo, todos aquellos, en fin, que hayan abrazado la humillación de la Cruz, serán entonces condecorados de los encantos que la Divinidad misma derramará sobre su persona. ¿Podrías tener ahora el monstruoso valor de prepararte á contemplar á lo lejos su brillo sin ser admitida á compartirlo? Y yo, querida niña, yo que te amo, ¡qué doloroso no sería para mi corazón maternal! ¡Ah! yo te lo ruego, no seas bella sobre la tierra; sepulta tus encantos terrestres en el seno de la modestia; ella te los volverá en el cielo mil veces más brillantes.

Voz de la hija de María.—Virgen inmaculada, vos que por vuestra admirable pureza habéis aplastado el orgullo de la serpiente... ¡oh lirio brillante! ¡oh oro sin mezcla! ¡oh mi Santa Reina! sí, mi corazón os ha comprendido: ardiendo de deseos, animada por las palabras de sabiduría que le habéis hecho oír, avanza valeroso hacia la conquista de la bella palma prometida á la pureza... Virgen querida, vos me la pintáis tan bella, tan encantadora, que ardo de amor por ella. Venid, santa Madre mía, venid, yo os lo ruego:

venid con todo vuestro celestial influjo; venid, haced mi corazón semejante al vuestro; venid, yo seré eternamente agradecida...

¿Pero quién es esta Virgen que se adelanta adornada de candor y de inocencia, con frente serena, mirada angelical, y los vestidos más blancos que la nieve? En el éxtasis de mi admiración, caigo de rodillas.. María, ¿sois vos? ¿Vos mi buena Madre, vos, cuya hermosura realza el brillo de los cielos? ¿No es vuestra voz la que oigo?.. Heme aquí, hija mía, yo vengo á ti, porque me has invocado. ¿Cuál es el deseo de ese tu corazón? ¿Oh María! mi celestial Maestra, yo quiero tener una alma siempre pura, pura como el lirio de los campos, pura como estos espíritus de llama que mi alma cree ver cerca de vuestro trono, pura como todas las jóvenes vírgenes de la celeste Sion, pura como mi Madre muy amada. Este es mi voto, Virgen santísima, este es el deseo querido de mi corazón: haced que sepa cumplirlo; acoged favorablemente mi oración, porque vuestro poder es grande en los cielos. Estrechadme sobre vuestro corazón, ¡oh María! y que estos abrazos maternos inflamen mi alma de

amor por la virtud que vos amáis. ¿Qué me darás, mundo, comparable á las delicias de que mi corazón está inundado?

¿Encantos frívolos, que aturdís á tantos jóvenes, qué sois en comparación de las misteriosas bellezas que la Virgen de las vírgenes me ha hecho ver?

Mundo, tus goces son falsos, y aun quisieras hacérmelos probar! no, no, mi Madre me ha dicho que no tienes sino venenos. Dices que tienes ricos tesoros que darne, ¿pero me darías la dulce paz de la inocencia y los encantos del amor divino? ¿Me suministrarías con qué adquirir galas inmortales? ¿Me darías en la vida eterna un trono de gloria? Adorándote durante mi vida, ¿iría después de mi muerte con los ángeles y la Virgen, Reina de los escogidos, en un torrente de delicias alrededor del trono del Cordero? Hé aquí mi deseo .. hé aquí la ambición que arde en mi corazón: nada menos quiero.

Jesús, por la boca de su Santa Madre, me ha prometido sus bienes. Ella ha hablado á la puerta de mi corazón, de una dicha que me ha hecho palpar de esperanza y de alegría, de una dicha que sobrepuja la expresión de

las lenguas humanas. Ella me ha dicho que sería mi herencia, si soy fiel... ¡Y yo no lo seré!... ¡Oh Dios! con vuestro socorro que imploro, yo seré fiel!

¡Oh mundo engañador! no, no, yo no quiero tus caricias, tú no eres digno de mi atención.

Es la Virgen inmaculada á quien imploro, aquella que es toda bella entre las hijas de Adam, aquella que la mancha original no manchó jamás y que es como el lirio entre las espinas.

¡Oh Virgen! mi protectora, dejadme hablaros aún, contemplaros y oír vuestra dulce voz, porque la virtud favorita de vuestro sagrado Corazón, la he escogido por mi herencia. Dejadme pensar en vuestros celestiales atractivos, dejadme sumergir en las delicias que ellos me inspiran. Cuando, en la vivacidad de mis sentimientos, yo creo ver aparecer vuestra dulce imagen á mi alma enternecida, entonces... entonces mi corazón trasportado, mi corazón se va al cielo... ¡Oh Dios! ¿qué veo?... Una Virgen elevada sobre un trono resplandeciente!... Ella está revestida del sol, la luna está á sus pies y las es-

trellas forman su corona! He reconocido á la Reina de las vírgenes, he reconocido á mi Madre... Nubes de ángeles la rodean y cantan himnos á su gloria. ¡Oh Virgen Madre! de lo alto de vuestro trono brillante, dejad caer una mirada sobre vuestras hijas... Desde arriba, ¿podríais olvidar á vuestras jóvenes congregantas, que, sobre esta triste tierra, tímidas y temblorosas, temen sin cesar perder la corona que sólo se da á la perseverancia? no, no, vos no las olvidáis, habéis hablado y los ángeles han precipitado su vuelo hacia la tierra para traernos los dones del amor maternal, para repetirnos: Tiernas vírgenes, sed puras.

¡Oh María! ¿cuáles son esas almas tan bellas que os rodean en la mansión de los Santos y que os llaman su Madre? Son vírgenes cristianas, tesoros que el cielo se apresuró á arrebatar á la tierra, porque ellas eran todas celestiales, porque eran ángeles en un cuerpo mortal, y que no tenían nada de común con el mundo. Yo las veo avanzar siguiendo á su graciosa Reina... ¡Dios, qué maravillosas hermosuras! ¡Qué brillante es la corona de la inocencia! Virgen, haced que ella sea mi he-

rencia... ¡Y qué inmenso número! ¿Todas las naciones del mundo, han pues tenido sus escogidas? En medio de ellas veo brillar la virgen de Mérida, la valerosa Eulalia, que se elevó del terreno español y vino á colocarse al lado del trono de María para proteger desde allí á su patria. La joven Romana la había precedido: Inés había ya contado á los habitantes de los cielos que en la vida eterna nobles jóvenes se alistaban en multitud bajo los estandartes del Cristo... La Francia vió subir á él sus heroínas y en la piadosa Bélgica, Lidivina, Gertrudis, Gudula, valerosas amantes del Cristo, se apresuraron á subir á los cielos para interceder en favor de su religiosa patria. El perfume de sus santos ejemplos embalsama aún estos lugares; fieles imitadores renuevan sus obras de santidad y todos los días almas piadosas y fervorosas dejan esta tierra protegida de los santos para seguir al Cordero en todas partes á donde El va, para cantar, sobre las liras misteriosas del amor, el fuego sagrado que las abraza. ¡Ojalá que un día una yo mis acentos á estas voces!... ¡Coro de las vírgenes de la celestial Sion, en medio de vuestras suaves melodías, dignaos for-

mar una invocación en favor de una hija de María! ¡Pedid á Jesús, pedid á María la perseverancia para mí, para todas aquellas que me son queridas! ¿Que nuestros lugares sean señalados entre vosotras! ¿No sois nuestras hermanas? ¿No sois nuestras amigas? Ea, pues, miradnos inclinadas bajo el peso de las miserias de nuestra peregrinación, y que vuestros corazones se interesen por nosotras, y que á pesar del mundo, á pesar de los furios de Satanás, á pesar de nuestra propia debilidad, siempre modestas y puras, merezcamos unirnos un día con vos!

Amable pureza del corazón, tu recompensa es grande en los cielos y allí está tu mansión por excelencia. También reinas sobre la tierra; aun no estás desterrada de todos los lugares; la Virgen inmaculada te protege. Sin ti ¿qué sería de la tierra? Un objeto de horror y de maldición. Venid, pues, corazones puros, venid, unid vuestros sentimientos á mi dulce voz, proclamad á porfía la virtud muy amada de la Reina de las vírgenes.... Contad á la tierra y á los cielos, que, si hay sobre la tierra algún rayo de verdadera felicidad, es en los corazones puros que ella habita.

Voz de María.—Bienaventurados aquellos que tienen el corazón puro, porque ellos verán á Dios. Mi querida hija, no te causes en meditar estas palabras.

—
sé dulce.

Voz de María.—La virtud de la dulzura embellece todas aquellas de que el cristiano debe ser adornado. Hija de María, ¿quieres ser digna de este glorioso título? Que tu corazón sea un templo de paz y de dulzura. Vive en paz con todo el mundo. Bienaventurados, dice Jesús, los mansos, porque ellos poseerán la tierra, ellos tendrán el imperio de los corazones: en la eternidad ellos poseerán la tierra de los escogidos. La virtud de la dulzura, una de las más admirables que inspira la ley de Jesucristo, es también una de las que más acercan al hombre á la Divinidad. El Espíritu Santo la pone en el número de aquellos que son los frutos de su divina operación en las almas

Toda la religión respira sólo dulzura y clemencia. Amad, dice ella, amad aun á aquellos que os hacen mal, rogad por los

que os persiguen, volved el bien por el mal. Si queréis que la caridad reine en vosotros, sed dulces, pues la caridad es dulce, ella nunca se irrita. La Santísima y adorable Trinidad os enseña á amar la dulzura. El Padre celestial es *el Padre de las misericordias*, Jesús se hace llamar con el dulce nombre de *Cordero* y el Espíritu santificador se ha manifestado bajo la forma de una *Paloma*. Estos diferentes atributos no respiran mas que dulzura; Jesús era amigo de la paz, la mansedumbre estaba en su corazón y las palabras más suaves en sus labios. Él se ha mostrado tal á los hombres, y tal, hija mía, debes mostrarte á tus compañeras y al mundo, que en las miras de Dios estás destinada á ver y á edificar.

Voz de la hija de María.—Virgen santa, vos que la Iglesia se complace en nombrar dulce, buena y clemente, dignaos enseñarme á poner en mis relaciones con mi prójimo esta amable dulzura, de la cual Jesús nos ha ofrecido el perfecto modelo.

Voz de María.—Mi querida hija, una pequeña contrariedad llenó tu corazón de un negro pesar, una ligera ofensa te encuentra

tan sensible! ¿Por qué? ¡Ah! es que no tienes dulzura. La virtud de la dulzura, mi querida hija, no se irrita; ella es paciente y resignada, no se exhala en quejas y en murmuraciones; ella es humilde, sufre con paciencia la injusticia. Esta humilde dulzura es la que da la felicidad, la alegría y la paz de la conciencia: paz deliciosa, el más precioso bien que se pueda dar al corazón del hombre para consolarlo en sus disgustos.

¡Qué! hija mía, tú, congregacionista, tú, hija de Jesús y de María, harías sufrir por tu mal humor á aquellos que habitan contigo en una misma casa! ¡mostrarías un corazón lleno de hiel y de rencor á tus enemigos! ¡No perdonarías, y llevarías sobre tu rostro las señas del negro resentimiento que oculta tu corazón! ¡No tendrías para tus superiores sino una sumisión fría y austera! ¡para tus inferiores, modales bruscos y altaneros! Se escaparían de tus labios palabras de cólera, ellos que como un panal deben siempre destilar la miel! A estos rasgos, yo no podría reconocerle por mi hija. No lo serán todas aquellas que me digan: ¡Madre mía! que yo recibiré sobre mi seno maternal, pero sí aquellas que

hayan observado los preceptos de Jesús. Un día llegará en que varias me invocarán, y yo les responderé: «Cristianas, mostradme los títulos que os merecen mi protección.» Y cada una de ellas me dirá tal vez: «Ved, ¡oh María! yo he llevado vuestras libreas, vuestra imagen la llevé sobre mi pecho, yo tenía el nombre de congregacionista.» Y yo les diré: «Tales no son las verdaderas señas por las que yo reconozco mis hijas. Mostradme las virtudes que habéis practicado en esta cualidad; mostradme sobre todo la dulzura y la amenidad por las cuales habéis ganado almas á Jesús.» ¡Qué dichosa serías entonces, hija mía, si pudieras contestarme: María, yo poseo estos tesoros!

Ten fe en mí, querida hija, aplícate á adquirir esta amable virtud de dulzura, que adorna tan bien tu sexo, por excelencia piadoso. La gracia y la dulzura son la herencia de la mujer; que se sirva de estas preciosas cualidades para hacer de ellas los encantos de su piedad; ella ganará preciosos méritos delante del Señor. La dulzura inspirada por la religión es llena de elocuencia: ella es persuasiva, conmueve los corazones, atrae á la pie-

dad y entenece á los más insensibles. Su mismo silencio es con frecuencia más poderoso para ganar almas á Dios, que los más elocuentes discursos. El silencio de la dulzura ¡qué adorno para una alma cristiana! ¡Te ultrajarán, hija mía! no respondas, y que tu mirada respire la dulzura del perdón evangélico. Ultrajaron al Hombre-Dios; hicieron más, lo hicieron morir sobre un infame leño; y El no abrió la boca para quejarse, se dejó llevar á la muerte sin resistencia, como una oveja que se va á degollar; permaneció en silencio como el cordero que se calla delante del que lo trasquila.

¡Cuánto esta virtud de dulzura debe agradar al Sagrado Corazón de Jesús! Porque, hija mía, ¿crees que es una de las que ha hecho brillar más durante el tiempo que vivió en medio de los hijos de los hombres? ¡Ah! era para enseñarles su importancia, para hacerles ver las preciosas ventajas que de ella debían resultar, para mostrarles que la unión, que la dulzura de la paz fraternal es como el rocío de Hermón, que desciende sobre la montaña de Sión, y que á esta paz el Señor concede la bendición y la vida en la eternidad. Jesús

es un Dios de paz. El no vive en las discusiones y los trastornos; vive en paz, á fin de que viva contigo. Pesa todas las palabras que este divino Salvador ha pronunciado durante el tiempo de su cruel pasión: ellas no son más de dulzura y paz. Su profunda tristeza está siempre dulce y apacible. Al momento mismo en que la víctima de la más horrible traición que el mundo haya visto, al momento en que su discípulo pérfido emplea para hacerle traición, le da los sagrados testimonios de la amistad, y hace de la prenda de un santo amor el sello de un horrible parricida.

Jesús, siempre buen Padre, le dijo, con el acento de la más dulce compasión: «¡Y qué, amigo mío, entregas al Hijo del Hombre con un beso!» Este traicionero, hija mía, era su amigo, su discípulo, el testigo de sus milagros, aquel que había recibido de este Maestro divino las más tiernas señales de confianza y de amistad..... Y sin embargo, la dulzura de Jesús no se desmiente. Él no presenta á Judas un rostro austero. Como esta tierna interpe-
lación: «¡Y qué, amigo mío...» debiera haber traspasado el corazón del pérfido! pero

todos los sentimientos de este corazón estaban vendidos al demonio del furor y de la avaricia. Entonces fué cuando la dulzura del Hijo del Hombre, enseñó á los mortales que esta virtud es la perfección de la caridad. Hija mía, que ella sea el resplandor de la tuya. Si tienes celo por la gloria de tu Dios [y ¿cómo podrías no tenerlo?] está persuadida de que esta virtud es una de las más propias á procurársela. Eres hija de Dios, ¿qué motivo para amar á tus hermanos y tus hermanas en Jesucristo con un amor de preferencia y de afabilidad! qué motivo para llevar sobre tu rostro la amable, dulce y alegre paz de tu conciencia! Mi querida hija, la verdadera piedad no es ni salvaje ni austera; que tu devoción sea llena de amenidad y de dulzura. Todo para Dios, nada para ti; conságrale hasta tu exterior. No seas de aquellas almas mercenarias, no te entregues á una devoción feroz y pesada, porque harías despreciable el amor de tu Dios, y el mundo diría: «¿Cuál es este Dios? ¿A dónde está la dicha que Él ofrece á sus adoradores?» El espíritu de Dios es un espíritu de benignidad, y el Salvador ha dicho: Mi yugo es dulce y amable. Que

tu vida, hija mía, sea un testimonio de esta consoladora verdad.

Oh vosotras, pues, jóvenes y fervorosas cristianas; vosotras que protestáis sin cesar á Dios en el ardor de vuestras oraciones, que le amáis únicamente á Él; vosotras que estaríais prontas á comprar al precio de todo lo que tenéis de más querido, la salvación de vuestros hermanos y hermanas, que quisierais sacrificar vuestra vida para procurar la gloria de Dios; vosotras que deseáis tan ardentemente que la caridad reine en las almas, he aquí que tenéis entre las manos un medio fácil, un medio eficaz para alcanzar este fin tan laudable.

No se trata de dejar vuestros padres y vuestra patria, de recoger la palma del martirio; no se os impone ayunos austeros ni una soledad rigorosa; pero con vuestros padres, hermanos, hermanas, amigos, en el seno de vuestra familia, con todas las personas que tienen algunas relaciones con vosotras, sed dulces y humildes de corazón. Dulzura constante, dulzura religiosa, dulzura que es la perfección de la caridad.

Haced conquistas á Jesús por la serenidad de vuestro rostro, por la afabilidad de vues-

tras palabras, por la inalterable dulzura de vuestra conducta. Mis queridas hijas, en todos lugares y en todas circunstancias, sed mansas y humildes de corazón.

Voz de la hija de María.—Sí, Virgen dulce, buena y clemente, nosotras aprenderemos de vuestro sagrado modelo á ser dulces y humildes de corazón. ¡Oh Jesús! poned en nuestros corazones esta constante amabilidad que Vos habéis traído sobre la tierra. ¡Oh Madre de Jesús! concedednos el ser sencillas y humildes, y tendremos la dulzura.

¡Y qué, gran Dios, exclama un ilustre santo, todos los tesoros de ciencia y de sabiduría ocultos en Vos, se reducen á que miremos como una cosa de la más alta importancia, el aprender de Vos que sois manso y humilde de corazón? ¡Es, pues, una cosa tan grande ser pequeño, que sólo de Vos podemos aprenderla, Vos que sois tan grande? Sí, pues sólo en esto se encuentra el reposo del alma, y los hombres no son tan agitados y tan atormentados, sino porque no son mansos y humildes de corazón.

Venid, pues; ¡oh santa dulzura! que como un sello estáis impresa en la frente de los ele-

gidos, venid á apoderaros de nuestras almas. Venid y que nuestros corazones sean vuestro asilo, mostraos en cada una de nuestras obras, sed en todas nuestras palabras, sed en la deferencia que debemos á nuestros superiores, brillad en nuestras relaciones con nuestros iguales; que la autoridad sobre nuestros inferiores sea templada y suavizada por el bálsamo que vos derramaréis en ella. Que por nuestras palabras dulces y consoladoras, el afligido vea desaparecer su dolor; que en todas partes derramemos el perfume de la dulzura y de la caridad cristiana. Que al vernos, al oirnos, se aprenda lo que son los verdaderos discípulos del Evangelio; mostremos á todos que la ley de Jesús es una ley de dulzura. Que la concordia y la paz fraternal reinen para siempre entre nosotros, y que el mundo sepa que nada más amable, más afable, que la sociedad del verdadero cristiano.

Acércate con amor á la mesa sagrada para alimentarte allí con el pan de la vida, y espera firmemente la recompensa de los cielos.

Voz del alma afligida.—Santa madre mía, bienaventuradas las almas que han dejado esta tierra de destierro, bienaventuradas mil veces, porque han llegado á su santa patria! Para ellas, no hay más angustias: ellas no conocen más los tormentos de la incertidumbre; su felicidad está para siempre asegurada. Por nosotras, Virgen santa, por nosotras ¡oh triste pensamiento! todos los días estamos expuestas á ofender á vuestro divino Hijo. Pero qué digo. ¡Ay de mí! ¿me atreveré á creer que ahora vivo en gracia?... ¿quién me ha dado esta consoladora seguridad? ¿No es más bien una ciega presunción que ha seducido mi corazón demasiado confiado? ¿Me he creído hija de la gracia mientras que, si mi arrepentimiento demasiado poco eficaz no ha purificado mi alma de todas sus manchas, no soy sino hija de cólera!.... ¡Oh Madre de mi Dios! un triste presentimien-

to me hiela el corazón, si en el porvenir... si en la eternidad, víctima de la cólera de un Dios..... ¡horrible pensamiento! si con demasiada ligereza me he creído justificada delante de este temible Señor. Los cielos tienen manchas delante de sus ojos, y yo, alma presuntuosa, me he creído la amiga de mi Dios.

Voz de María.—Hija mía, no te dejes abatir por sentimientos poco dignos de la bondad del Maestro que sirves. Rechaza lejos estas tristes alarmas. ¿Es este el lenguaje que hasta aquí el divino Jesús ha hablado á tu corazón? ¿Aun no has sabido comprender su voz? Sus palabras son amor y paz, El habita en la paz y la paz es el adorno de sus hijos. Es El, querida hija, quien hace correr las lágrimas de una verdadera penitencia, pero la amargura de estas lágrimas está suavizada por la unción del perdón; este arrepentimiento es tranquilo como el Dios que lo inspira, los peores que Él pone en el corazón están mezclados de confianza y de esperanza. Aprende, pues, á no desconocer sus movimientos. No vienen de Él estos trasportes que te arrojan en la turbación y el susto. Las tinieblas